

Los relatos de Aubert Cerda suelen tener el tono de las consejas; hilan sus acontecimientos con esa fantasía, esa imaginación que Sergio Aubert Cerda prodiga a lo largo y ancho de todo su libro.

Sin desdeñar aciertos y ciertos regocijos retóricos que lo pueden llevar de redondón al *manierismo*, nosotros preferimos el cuento EL ALCALDE. Es un cuento de pies a cabeza. Y con una virtud que en los demás relatos se hace menos evidente: el autor va derecho a su fin; construye sintéticamente y crea sus personajes con su carácter, su fisonomía. Además, el ambiente realista se aureola de sabor poético —costumbrista—, a la vez que se troca en escenario de imprevistos acontecimientos: de lo imprevisto nace la poesía, y la muerte inminente de El Alcalde, acaecida en el quiosco que él levantara en la plaza del pueblito, le da a este cuento un desenlace teatral: "Erigieron la capilla ardiente sobre el mismo quiosco y en la noche ardía éste de cirios y rezos". Junto al protagonista, un personaje que vemos actuar en sus desesperados trajines: el arrenquín, humilde, servicial. Y lo que hace todavía más interesante a este cuento es el ámbito en el cual reina el alcalde, este alcalde que rememora sus hazañas mujeriles, que da hijos al mundo con una prodigalidad de verano. Sergio Aubert Cerda ha realizado con un tema *criollo* el milagro del arte; lo ha aligerado de todo resabio notarial y ha sabido crear sus personajes con gracia perdurable.

Luis Droguett Alfaro

<https://doi.org/10.29393/At396-61SPFD10061>

*Sed en el Puerto*, de OTHÓN CASTILLO.

Ediciones de Andrea, México, 1962

Cuando el lector termina de leer *Sed en el Puerto*, experimenta el sinsabor de una amargura sorda y despiadada, que le nace desde las entrañas mismas del ser.

¿Será posible todo esto? ¿No habrá concebido el escritor este mundo nauseabundo del espíritu en una noche de insomnio, víctima de sabe Dios qué complejos sociales? Cuadros tan al rojo vivo, ratas humanas hurgando en las basuras, espíritus miserables, verdugos implacables de sus prójimos ¿viven tan eufóricamente la existencia, llevados por el ritmo loco de un frenesí sin vacilaciones?

Desde California nos llega este documento lacerante. Un común amigo, Enrique Lafourcade, joven novelista chileno, el más cáustico, dinamitero y penetrante de la Generación de 1950, nos puso en contacto a la distancia.

Comprendemos esa amistad, entendemos el por qué de esa afinidad intelectual. Es la floración espontánea de la América joven, ansiosa de nuevas estructuras, ardiente y generosa, que hurga y hunde el bisturí con arte y verdad. Es el clamor brutal y sin tapujos, que se eleva estremecido sobre un mundo deslumbrante y con placidez de ciénaga verde oscuro; es el grito de rebeldía que irrumpe poderoso y veraz, frente a la hipocresía del mundo oligarca, ávido de poderío y riquezas desmedidas; es el eco

angustioso del pueblo americano, que sueña en un Edén lejano, hacia el cual camina con paso firme, porque con él va la justicia y junto a él siente la compañía de los espíritus selectos, que sin demagogias asesinas son solidarios de sus anhelos y derechos.

La tragedia del indio, del minero y del campesino americanos es demasiado cruel. Si no levantaran su voz los escritores "hablarían las piedras" y vomitarían fuego las montañas. Los culpables rompen sus vestiduras farisaicamente; huyen como ratas cuando arrecia la tormenta, esconden la cabeza como la avestruz, cuando presienten que no todo sucede según sus cálculos nefastos y presentan a Dios como su cómplice cuando ponen en juego todos los resortes de sus oscuros y tenebrosos mecanismos.

Pero lo trágico es que los negros nubarrones siguen cubriendo el cielo de nuestra América.

La novela contemporánea de América está cumpliendo una noble misión evangelizadora. Nuestros escritores han comprendido que no es posible en nuestros días entregarse a un esteticismo suicida, que es absurdo entonar loas y detenerse virgilianamente en el embrujo de la flora y fauna, cuando llegan desde lejos los lamentos de un pueblo esclavizado e infrahumano.

México, Venezuela, Chile y Perú han, quien más quien menos, levantado su voz de protesta. Rojos unos, blancos otros, traducen con fidelidad un estado de cosas que tarde o temprano, con resplandores de sangre o por vías legales, exigirá un término fatal. No se puede jugar con el hombre. Para su bien o para su mal, piensa y deduce. Hasta ahora hemos asistido al drama en puntillas del pueblo americano, pero se advierten movimientos sospechosos entre las bambalinas.

Othón Castillo es ecuatoriano y vive en Los Angeles. No es un marxista delirante ni un amargado social. Vive como persona decente, vive con sinceridad y verdad la democracia, pero siente la inquietud de América.

En Ecuador no constituye una "voz que clama en el desierto". Antes que él y con hombría, no pocos lanzaron el "yo acuso". *Luis A. Martínez* en "A la costa", *José de la Cuadra* en "Los Sangurimas", *Jorge Icaza* en "Huasipungo", *Jorge Fernández* en "Los que viven por sus manos", *Alfredo Pareja Díez-Canseco* en "Las Tres Ratas", tuvieron el coraje de narrar lo que vieron, de lanzar una bofetada al rostro de los explotadores, de vibrar con emoción y tocar las fibras más delicadas de los humildes.

Cuando el lector se interna con avidez por las páginas de *Sed en el Puerto*, evoca sin querer a *Huasipungo*. Es verdad que el lenguaje es más mesurado y que Castillo ofrece un todo más armónico; es verdad también que el marco de las acciones es diverso y que Icaza penetra más a fondo en la realidad vivencial del indio. Pero hay un factor común, un vaho maloliente que desciende desde arriba, un frenesí denigrante de poder y ambición, que cobardemente se embriaga en la indefensa masa del indio explotado.

Icaza de pronto adquiere dimensiones de epopeya; Castillo toma el pulso a la vida cotidiana; ambos ofrecen contrastes sangrientos y no trepidan en nada, pero Castillo descorre el velo de una clase social más com-

pleja y más estratificada. Es manabita perspicaz y hondo que en sus actividades de maestro, estudioso, dramaturgo y periodista, es decir, que en la vida aprendió el modo de ser del hombre, auscultó sus anhelos y pasiones, vibró con sus inquietudes y afinó su espíritu para captar el más allá de las acciones intrascendentes, que al lector superficial muy poco le dirán.

*Sed en el Puerto*, no descuida el ambiente, tentación irresistible para quien posea un maravedí de sensibilidad estética y esté sumergido en la exuberancia del trópico. Castillo, sin embargo, supo medir sus impulsos y por eso hace muy bien su prologuista en destacar sobre todo el factor humano, aunque estén allí *la tierra ondulada, reseca, ardiente; el mar ilimitado; los incidentes geográficos de la costa aristada; el paso de los barcos; los peces y los pájaros marinos.*

Lo que más interesa en *Sed en el Puerto* es el conflicto, el drama, la gama viva de pasiones bajas, la ternura que aflora sin histerismos, la comprensión por el desvalido, la sátira cruel que con nadie tiene compromisos, el rasgo firme en el esbozo de los personajes, el tenue y casi imperceptible toque poético, el suspenso dramático que por momentos se torna escalofriante. No es el gran mundo el que se agita en *Sed en el Puerto*. Montimer, don Moreira, don Moisés y el curita Manuel, integran una ralea sólo posible cuando se desatan las bajas pasiones en los "altísimos" y éstos vegetan a su sombra.

¡No hay agua en el puerto! esta es la chispa que encendió la hoguera, que puso en movimiento todo ese mundo detestable de abominaciones sociales, pero que hace comprender también el drama más hondo, cuya acción tiene por escenario las almas.

¡Hay sed en el puerto! ¡Sed de justicia!...

Aquí está la razón última de la novela. Ni Eleuterio Cusme, Zambrano, Morán o Estévez simbolizan lo definitivo de *Sed en el Puerto*. En maridaje sutil y vital, Castillo enlazó la política, el ansia de poderío, el anhelo quemante del dinero, la injusticia cruel e inmisericorde, la explotación y la sexualidad brutal, amasijo nauseabundo que se ceba en el humilde

Castillo con acierto no vocifera demagogias manidas. Hábilmente deja que en un plano, aparentemente secundario, hagan su aparición las figuras olvidadas de los que en la América Morena viven esclavizados como víctimas de los apetitos voraces.

Los prohombres verdugos no existen; son los segundones, los parásitos, los eternos aprovechadores, los sedientos de renombre, éstos son los ejecutores fieles de quienes sólo aspiran los aires puros de las altas esferas sociales.

¿No existen para Castillo los hombres de bien?

Sí, pero son pocos y a veces excesivamente prudentes. La sed de agua es arma temible, pero más aún lo es la sed de justicia.

Francisco Dussuel Díaz